

embargo, no demuestra que el mundo real se reduzca todo él a violencia y arbitrariedad; y tanto no es así que, puestos en ese terreno, los conflictos entre los pueblos son insolubles. La propia victoria de las armas, cuando no corresponde a la justicia, no los dirime sólidamente: apenas se sofocan, se aplazan, para, ulteriormente, renacer en nuevas guerras. Si la de 1870 no hubiese tomado a Francia la Alsacia y la Lorena, no habría perpetuado entre los vencidos el sentimiento de la revancha, entre los vencedores el de la conquista. Sólo la moral, por lo tanto, es práctica. Sólo la justicia es eficaz. Sólo las creaciones de una y otra perduran.

\* \* \*

«La sociedad humana—escribía el año pasado un autor americano de los más notables—no puede estribar en última apelación, en la fuerza. Cuando en una elección los republicanos votan, excluyendo del poder a los demócratas, ¿en que se fían ellos para estar seguros de que los demócratas entregarán el poder? En el ejército y en la marina, diréis. Pero quien manda en el ejército y en la marina, quien dispone de esos instrumentos de poder, son los demócratas, que están en el gobierno. No hay otra seguridad de que los demócratas bajen de él y entreguen esos instrumentos de poder, no hay otra, sino el acuerdo, la convención existente en las leyes. Si ellos no respetasen ese acuerdo, los republicanos levantarían un ejército de insurgentes, para arrojar del gobierno a los demócratas, precisamente como ocurre en ciertas repúblicas sudamericanas; obtenido lo cual, ocuparían el poder hasta que los demócratas a su vez reuniesen otro ejército. De modo que la suerte reservada a los norte-americanos sería la misma de los otros países donde las revoluciones se suceden de seis en seis meses. Lo que lo evita es, únicamente, la confianza general que todos nutren de que ninguno de los adversarios ha de falsear las reglas preestablecidas. Es forzoso que se extienda la misma convención al campo de las relaciones